



Boceto para «La juerga», cuadro que obtendría Medalla de Oro en Bruselas, en 1910. Abajo, «Patio de la reja», uno de sus característicos paisajes, pintado en 1905, que le califica como «pintor de Granada»



ARTE

JOSE MARIA LOPEZ-MEZQUITA (1883-1954)

Por Javier RUBIO

NOS llega, con algún retraso, la exposición antológica de José María López-Mezquita (Granada, 1883-Madrid, 1954), exposición organizada con motivo de cumplirse hace dos años el centenario de su nacimiento y que, antes de llegar a Madrid, se inauguró en su ciudad natal el pasado mes de octubre y en Sevilla en diciembre. Nos llega a las salas del Museo Municipal, merced a la iniciativa y patrocinio de la Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Granada y la participación de la Fundación Rodríguez-Acosta, en la persona del comisario de la Muestra, Miguel Rodríguez-Acosta. Tampoco es posible ignorar los textos que ilustran el magnífico catálogo, debidos a Julián Gállego, Ignacio

Henares Cuéllar y Mateo Revilla Uceda, textos complementados con una breve biografía, un epistolario y un catálogo de las sesenta y cinco obras expuestas. No se trata, por supuesto, de una exposición exhaustiva, dada la prolífica labor del pintor granadino, pero sí de una selecta panorámica que se inicia a los siete años de López-Mezquita, con sus primeros (y asombrosos) dibujos.

Era necesaria esta muestra para aclarar, de una vez por todas, el tópico de un pintor cuya facilidad asombró al mundo (sí, al mundo) en su tiempo. Que a los once años sorprende a Cecilio Pla y que a los dieciocho obtiene su primera medalla en la Nacional por «Cuerda de presos», cuadro que, casi un siglo después, sigue manteniendo su fuerza

expresiva y su frescura, su patetismo y su modernidad. Pero no es esto sólo lo que hace de López-Mezquita un pintor sorprendente que, al iniciarse el siglo, triunfa en Francia, Bélgica, Alemania y Estados Unidos: es su trayectoria. Porque el pintor fecundo e inspirado es desbordado por su propia facilidad y termina realizando obras inferiores a las de sus comienzos, a la inversa de lo que suele suceder. Es un caso único el de López-Mezquita, que hoy podemos admirar sin la pasión que despertara entonces ni la repulsa que sufrió después, en tiempos de cambios profundos en la estética.

Es inevitable establecer un paralelismo con Sorolla, otro «monstruo» en su época que, sin

embargo, logró superar el peligro de su facilidad y sus dotes. Por otra parte, López-Mezquita se dedicó, sobre todo, al retrato y en ese género el amaneramiento es casi inevitable, mientras que Sorolla tenía un mundo más variado. Lo importante es la obra, la galería de retratos (Pedro de Répide, Pérez de Ayala, Miguel Rodríguez-Acosta, la Infanta Isabel y la marquesa de Nájera, José Francés, Machaquito, Fernando de los Ríos), la belleza de cuadros como «Las tres Gracias», el sorprendente realismo de «Mis amigos», la luz del «Patio de los arrayanes», la fuerza de «Cuerda de presos». Ahí está el gran pintor, tanto como en sus agudas infantiles. El pintor que quedará siempre, a despecho de su facilidad.



El celeberrimo «Cuerda de presos» (1901), que se conserva en el Museo Español de Arte Contemporáneo de Madrid. Abajo, a la izquierda, «Chula», de 1925 (en el Museo de la Real Academia de San Fernando). A la derecha, «Día de fiesta» (1912), de la colección Julio López-Mezquita

